

EL FASCISMO ESTÁ EN MARCHA Necesitamos una educación radical para combatirlo

Fascism is on the march.
We need radical education to fight back₁

Henry A. Giroux (2)
Traducción: Laura Proasi (3)

“Debemos creer en el Principio de la Esperanza. Un marxista no tiene el derecho de ser pesimista”.
Ernest Bloch

Resumen:

La promesa de la democracia se desvanece a medida que los fascistas trabajan para modificar el lenguaje, los valores, el coraje, la conciencia y la visión críticas. La educación se ha transformado en una herramienta de dominación a medida que los empresarios del odio despliegan sistemas pedagógicos de derecha para atacar a los trabajadores, a la juventud de color, a los refugiados, a los inmigrantes y a otros considerados descartables.

En medio de este momento, cuando el viejo orden social se está derrumbando y uno nuevo está luchando por autodefinirse, emergen la confusión y el peligro. Una vez más, estamos ante una coyuntura histórica en la cual las estructuras de liberación y autoritarismo están compitiendo entre ellas por nuestro futuro.

Palabras clave:

fascismo; educación superior; neoliberalismo; pedagogía crítica.

Summary

The promise of democracy fades as fascists work to modify critical language, values, courage, conscience, and vision. Education has become a tool of domination as hate entrepreneurs deploy right-wing pedagogical systems to attack workers, youth of color, refugees, immigrants, and others deemed disposable.

In the midst of this moment, when the old social order is collapsing and a new one is struggling to define itself, confusion and danger emerge. Once again, we are facing a historical juncture in which the structures of liberation and authoritarianism are competing with each other for our future.

Keywords:

fascism; higher education; neoliberalism; critical pedagogy

Está ocurriendo algo que es siniestro y horroroso en las democracias liberales en todo el mundo.

Las instituciones democráticas, como los medios independientes, las escuelas, el sistema judicial, ciertas instituciones financieras y la educación superior están bajo asedio.

Algunos de los ejemplos, de estos últimos días, se encuentran en el resurgimiento de justicieros y grupos paramilitares de derecha en la frontera sur y la intromisión de prácticas educativas en las escuelas basadas en la tecnología y parte de los diseños curriculares; muchos padres aseguran que transforma a los niños en zombies. El ataque continuo por parte de Trump a la educación superior es otro claro ejemplo: planteó que el presupuesto 2020 sufriría una reducción asombrosa de \$7.1 mil millones para el Departamento de Educación como parte de la política de desmantelamiento de esa misma cartera.

La promesa de la democracia se desvanece a medida que los fascistas trabajan para modificar el lenguaje, los valores, el coraje, la conciencia y la visión críticas. La educación se ha transformado en una herramienta de dominación a medida que los empresarios del odio despliegan sistemas pedagógicos de derecha para atacar a los trabajadores, a la juventud de color, a los refugiados, a los inmigrantes y a otros considerados descartables. En medio de este momento, cuando el viejo orden social se está derrumbando y uno nuevo está luchando por autodefinirse, emer-

gen la confusión y el peligro. Una vez más, estamos ante una coyuntura histórica en la cual las estructuras de liberación y autoritarismo están compitiendo entre ellas por nuestro futuro.

La historia del presente ha alcanzado un punto donde, en palabras de Peter Thompson: “las posibilidades son tanto realizables como no, pero nunca desaparecerán completamente”. Dos mundos están colisionando: primero, como lo han señalado muchos académicos, el mundo de la globalización neoliberal se está derrumbando y moviliza pasiones que alimentan distintos tipos de fascismo, en todo el planeta, incluyendo a los Estados Unidos. El poder hoy está loco por la acumulación de ganancias y capital y se hace cada vez más adicto a las políticas de nacionalismo blanco y de limpieza racial. Segundo, como lo plantea Charles Derber en *Welcome to the Revolution* (Bienvenidos a la revolución); existen contramovimientos que están creciendo especialmente entre la gente joven, buscando nuevas formas de hacer política para poder repensarse, para recuperarse e inventar una nueva forma de socialismo democrático sin contaminación capitalista.

De lo que no se duda es que, en todo el mundo, el impulso global hacia la democratización que surgió después de la Segunda Guerra Mundial, está abriendo un camino, una vez más, hacia tiranías autoritarias.

Alarmante como suena y como puede llegar a ser, la gente no debe distraerse y permitir que se le dé rienda suelta a los temores de lo inesperado. Aquellos que creen en el socialismo democrático no pueden permitir que el poder de los sueños y las esperanzas militantes se conviertan en pesadillas.

La resistencia al Fascismo requiere que la educación sea nodal en la política.

Es difícil imaginar un momento más urgente que este para que la educación sea nodal en la política. Si vamos a ir en pos de una política capaz de hacer despertar sensibilidades críticas, imaginativas e históricas, es crucial que los educadores y demás actores desarrollen un lenguaje colectivo

de crítica y posibilidad. Ese lenguaje es necesario para potenciar las condiciones para formar una resistencia colectiva internacional entre los educadores, los jóvenes, los trabajadores, los artistas y otros trabajadores culturales en defensa de los bienes públicos. Tal movimiento es importante para resistir y superar las pesadillas de las tiranías fascistas que han tomado cuerpo en los Estados Unidos, Brasil y en varios países de Europa; países plagados por el ascenso de partidos neonazis. En esta época de aislamiento social, de exceso de información, de la cultura de la inmediatez, de la glotonería consumista y de la violencia como espectáculo, es aún más crucial tomar en serio la idea de que la democracia no puede existir o no se puede defender sin ciudadanos organizados, informados y críticos. La educación, tanto en sus formas simbólicas como institucionales, tiene un rol central en combatir el resurgimiento de la cultura fascista, de las narrativas históricas míticas y del surgimiento de ideologías de supremacía y nacionalismo blanco. Más aún, en este momento, en todo el mundo, cuando los fascistas están diseminando imágenes racistas y ultranacionalistas del pasado, es esencial recuperar a la educación como forma de conciencia histórica y de testigo moral. Esto es cierto especialmente en un momento donde la amnesia histórica y social se ha convertido en un pasatiempo nacional, particularmente en Estados Unidos, conjuntamente con la masculinización de la esfera pública y el incremento de

políticas fascistas de normalización que se fundan en la ignorancia, el miedo, el odio, la limpieza social, la supresión del disenso y la supremacía blanca.

La educación, como forma de trabajo cultural, va más allá del aula y de su influencia pedagógica. A veces de manera hasta imperceptible, es necesario desafiar y resistir al aumento de formas pedagógicas fascistas y la rehabilitación de sus principios e ideas.

Contra una indiferencia anestesiada, desaparecida o retirada en las órbitas de lo aislado, existe la necesidad de crear sistemas culturales y culturas formadoras que hagan el trabajo pedagógico de promover el coraje cívico, albergando la capacidad de escuchar a los otros, de sostener pensamientos complejos y de involucrarse en los problemas sociales. No tenemos otra alternativa si es que vamos a resistir al aumento de la desestabilización de las instituciones democráticas como aquellas que proveen lo básico a la gente y les otorgan derechos personales y políticos.

Además, existe la necesidad de aumentar el ataque a la razón, el colapso de la distinción entre lo real y lo ficcional, y el gusto por la brutalidad que se propaga como una plaga en muchos países incluyendo a los Estados Unidos.

La lección pedagógica aquí es que el fascismo empieza con palabras detestables, la demonización de los considerados descartables, centra su ataque en las ideas, quema libros, hace desaparecer intelectuales; propicia el surgimiento de estados carcelarios y el horror en las cárceles y campos de detención.

Como forma de política cultural, la pedagogía crítica viene a otorgar la promesa de un espacio protegido para poder pensar en contra de la opinión dada, para cuestionar y desafiar, para imaginar un mundo construido desde distintos puntos de vista y perspectivas, para reflexionar sobre nosotros mismos y en relación con los demás y, en ese hacer, entender lo que significa “asumir un sentido político y una responsabilidad social”.

Vamos a revertir el desmantelamiento neoliberal de la educación pública.

Las políticas culturales, en los últimos 20 años, se han vuelto tóxicas a medida que las elites gobernantes ganaron el control de los sistemas culturales, convirtiéndolos en máquinas sin imaginación pedagógica que sirven a las fuerzas de la tranquilización ética produciendo y legitimando un sin fin de imágenes de degradamiento y humillación de pobres, inmigrantes, musulmanes y otros considerados sobrantes, vidas inútiles condenadas a la exclusión terminal.

La máquina de sueños capitalistas ha regresado con ganancias abultadas para los multimillonarios, para los evasores de fondos y para los más grandes jugadores en las industrias de servicios financieros. En estos nuevos escenarios de riqueza, fraude, y atomización social, el capitalismo, brutal y fanático, promueve un ethos “del ganador se lleva todo”, una cultura de la crueldad y del nacionalismo blanco, devastando agresivamente al estado de bienestar mientras que va empujando a millones a la adversidad y la miseria.

La geografía de la decadencia moral y política ha pasado a ser la norma del mundo soñado de la organización del consumo, de la privatización, de la vigilancia y la desregulación. Dentro de este paisaje fascista en aumento, se reemplaza a las esferas públicas por zonas de abandono social que crecen en la energía de los muer-

tos ambulantes y avatars de crueldad y miseria. La educación, en las últimas tres décadas, redujo rápidamente sus capacidades de educar a los jóvenes para que sean actores reflexivos, críticos y socialmente comprometidos. Bajo los regímenes neoliberales, que ahora coquetean con la supremacía blanca, los apóstoles del autoritarismo han considerado a las utopías de la posibilidad, en el pasado asociadas con la educación pública, como muy peligrosas como para no ser controladas.

De manera creciente, las escuelas públicas, -las que podrían tener un potencial radical para promover la igualdad social y apoyar la democracia- están siendo objeto de estas fuerzas tóxicas de privatización y de diseños curriculares estandarizados y sin sentido, y los maestros están sujetos a condiciones de trabajo intolerables.

La educación superior ahora imita a la cultura empresarial manejada por un ejército de burócratas, emborrachados con los valores de mercado; se parecen a los sumos sacerdotes de la racionalidad instrumental insensible. Las posturas de cómo llevar adelante la democracia están exiliadas en todos los niveles del sistema educativo. La lucha, no obstante, está lejos de terminarse. Las buenas noticias tienen que ver con que existe una ola de huelgas en aumento de maestros, empleados públicos, y trabajadores tanto en EEUU como en el extranjero que están resistiendo a la maquinaria cruel de la explotación, el racismo, la austeridad y descartabilidad desatada por el neoliberalismo durante los últimos 40 años.

El pensamiento crítico y las imágenes de un mundo mejor son una amenaza directa al paradigma neoliberal en el cual el futuro debe siempre replicar el presente en un círculo sin fin.

El capital y las identidades que se legitiman surgen dentro de lo que se llama “zona muerta de la imaginación” y “pedagogías de la represión”. Este impulso distópico crece en formas de violencia infinitas -incluyendo tanto lo simbólico como lo estructural- como parte de un intento más amplio de definir a la educación

como puramente instrumental, privatizada y en términos anti-intelectuales.

Es justamente el reemplazo de la esperanza por un proyecto distópico agresivo y por políticas culturales que ahora caracterizan el ataque a la educación pública, a la educación superior en varias partes del planeta, y que se extiende desde los EEUU y Gran Bretaña hasta Grecia, Turquía y España.

Es esencial que los educadores recuerden que el lenguaje no es simplemente un instrumento de miedo, de violencia, de intimidación; el lenguaje también es un vehículo para la crítica, el coraje cívico, la resistencia y la acción comprometida e informada.

Vivimos en un momento donde el lenguaje de la democracia ha sido saqueado, arrancado de sus promesas y esperanzas. Si hay que derrotar al fascismo, hay que hacer de la educación un principio organizador de la política.

En parte, esto se puede hacer con un lenguaje que exponga y resuelva las falacias, los sistemas de opresión y las relaciones de poder corruptas, dejando claro que es posible un futuro alternativo.

Hannah Arendt tenía razón al plantear que el lenguaje es crucial para resaltar los “elementos cristalizados” que a menudo se esconden y que hacen creíble al fascismo. El lenguaje es una herramienta poderosa en la búsqueda de verdad y en la condena de falacias e injusticias. Lo anterior es más que una razón para que los educadores hagan de la política algo más pedagógico y de lo pedagógico algo más político para poder así reconocer, por un lado, que la pedagogía es siempre

lucha por sobre la acción, las identidades, los deseos y los valores. Y, por el otro lado, reconocer que tiene un rol esencial en atender a las cuestiones sociales importantes y defender a la educación pública y superior como esferas públicas democráticas.

Hacer de lo político algo más pedagógico, en este caso, sugiere construir formas de conocimiento y prácticas sociales que no sólo confirmen una construcción cultural opositora, sino también que ofrezca oportunidades para movilizar instancias de indignación colectiva. Si no fuera con la acción de las masas, tendría que ver con levantarse en contra del capitalismo de casino despiadado y contra el surgimiento de políticas fascistas.

Tal movilización debe oponerse a las desigualdades materiales notorias y al crecimiento de la creencia cínica de que la democracia y el capitalismo son sinónimos. En última instancia, la pedagogía crítica propone que la educación sea una forma política de intervención en un mundo que es capaz de crear las posibilidades para la transformación social.

Notas:

1. Fascism is on the march. We need radical education to fight back.

Truthout /News Analysis. April, 30, 2019
<https://truthout.org/articles/fascism-is-on-the-march-we-need-radical-education-to-fight-back>

2. Universidad McMaster (Estados Unidos) Doctorado en la Universidad Carnegie Mellon. Universidad McMaster, cátedra de Cadenas globales de televisión en la carrera de ciencias de la comunicación. Crítico cultural estadounidense y uno de los teóricos fundadores de la pedagogía crítica en dicho país.

3. Especialista en Docencia Universitaria-UNMDP. Maestranda en Práctica Docente (UNR). Profesora y Licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Profesora Adjunta en la asignatura Problemática Educativa y Taller de Aprendizaje Científico y Académico. Departamento de Ciencias de la Educación. Facultad de Humanidades. UNMDP. Es miembro del Grupo de Investigaciones en Educación y Estudios Culturales (GIEEC) y de CIMED (Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Educación). Secretaria de la Revista de Educación (UNMDP)
Email: lauraproasi@gmail.com